

Anales de **Historia del Arte**

ISSN: 0214-6452

<http://dx.doi.org/10.5209/ANHA.61631>EDICIONES
COMPLUTENSE

MADDALO, Silvia, PONZI, Eva (eds.). *Il libro miniato a Roma nel Duecento. Riflessione e proposte*, 2 vols., Roma: Istituto Storico Italiano per il Medio Evo, Nuovi Studi Storici, 2016.

Esta publicación en dos volúmenes surgió a partir de la exposición *Bonifacio VIII e il suo tempo*, organizada con motivo del año jubilar y de un proyecto de investigación (PRIN, Progetto di Ricerca di Interesse Nazionale), encabezado por la profesora Silvia Maddalo (Università della Tuscia, Italia), bajo el epígrafe: “*Il libro miniato e il suo committente: per la ricostruzione delle biblioteche ecclesiastiche del Medioevo italiano, XI-XIV secolo*”. Estos intereses respondían en paralelo, a una renovada atención por la realidad figurativa de la Roma del siglo XIII, a través de las aportaciones pioneras de Valentino Pace, François Avril y Serena Romano. En los albores del *Duecento* que coinciden con los inicios del gótico, destaca la figura del Papa Inocencio III, pontífice cuya ideología religiosa e interés por el uso político de las imágenes fue determinante. Uno de sus primeros proyectos fue la “refundación” del ábside la basílica de San Pedro, gesto significativo que tuvo repercusión en obras miniadas, vinculadas con esta sede. De hecho, las características de los códices iluminados bajo su pontificado revelan una serie de rasgos estilísticos que se mantendrán como una constante, con mayor o menos énfasis, a lo largo del siglo XIII, tendencia que se verá frustrada por el traslado de la curia papal a Aviñón a principios del siglo siguiente.

El volumen número uno reúne un total de veintiséis artículos precedidos por dos introductorios, firmados por Herbert L. Kessler y Silvia Maddalo. A partir de este preámbulo, el resto de estudios se agrupan en torno a siete apartados estructurados según un criterio cronológico subyacente. El primer apartado está dedicado al estudio de los registros papales. Precisamente, a la voluntad de Inocencio III se debe la creación de una cancillería de rango estatal, instalada en Letrán y con toda probabilidad, en San Pedro del Vaticano que fue potenciada por sus sucesores, Honorio III y Gregorio IX. Los libros de registro son uno de los testimonios, entre otros, de las variantes adoptadas por el libro romano durante el siglo XIII. Sobre estos materiales han incidido Marta Pavón Ramírez y Natalia Falaschi, en sendos estudios complementarios. A estos artículos se suman las investigaciones de Sergio Pagano y de Eva Ponzi, responsable esta última de realizar una serie de reflexiones sobre la problemática inherente a los registros ilustrados. El segundo apartado hace referencia a la escritura, estructura, técnicas y colores utilizados en los códices producidos en Roma durante el siglo XIII, siendo el trabajo más relevante el firmado conjuntamente por Emma Condello y Maddalena Signorini, estudiosas que reconstruyen con sagacidad el entramado histórico y las particularidades paleográficas y codicológicas que envuelven a los manuscritos romanos de este período.

Uno de los capítulos protagonistas es el titulado *Libri miniati a Roma nel Duecento*. Durante esta etapa la Urbe se convirtió en centro catalizador de una serie de tendencias que contribuyeron a moldear su propia personalidad artística, en

base a las deudas contraídas con otras influencias estéticas, en ocasiones muy poderosas. Destaca el legado de la Antigüedad, la cultura figurativa centro-italiana, la miniatura boloñesa, la denostada *maniera greca* y finalmente, las influencias transalpinas, justificadas por el acceso al solio pontificio de papas de origen galo, quienes introdujeron en Roma artistas y artesanos conocedores del clima cultural desarrollado en la corte parisina de Luis IX el Santo. En este escenario descrito, emergen las pinturas de Cuatro Santos Coronados y en especial las dispuestas en el Aula Gótica, que actúan como un tono sostenido que se mantendrá constante durante la segunda mitad del siglo. Entre las diversas contribuciones sobresale el estudio de Silvia Maddalo, investigadora que traza la evolución del versátil (escriba, miniaturista e ideólogo) *Magister Nicolaus*, a lo largo de su trayectoria profesional desarrollada entre Francia y Roma. Los contactos establecidos entre Roma y otros centros de creación artística europeos o meridionales se ponen de relieve en las investigaciones de Costanza Rapone y Rebecca W. Corrie. Por otra parte, la fructífera relación establecida entre la pintura mural y la decoración de manuscritos se refleja en los estudios de Chiara Paniccia y Alessandro Tomei, mediante los intercambios efectuados entre ambas disciplinas artísticas, no solo a través de las imágenes y del contenido iconográfico de las mismas, sino también por los caracteres epigráficos que acompañan a los frescos.

Durante esta centuria el poder pontificio se afirmó gracias a una significativa renovación de la liturgia, y al deseo de extender sobre Occidente un ritual unificado, impuesto desde la Iglesia romana. Estas reformas se hicieron patentes en los pontificales o ceremoniales de obispos, embellecidos con un programa iconográfico estandarizado, acorde con los nuevos presupuestos. En este sentido, despunta el texto de Mercedes López-Mayán, investigadora que ha reclasificado correctamente pontificales romanos conservados en bibliotecas españolas. Francesca Manzari ofrece nuevos materiales, hasta ahora prácticamente sumidos en el anonimato de los archivos Vaticanos, pertenecientes a los fondos de Santa María Mayor y del Archivo de San Pedro que sirven para perfilar, con mayor nitidez el panorama esbozado.

Un capítulo interesante es el dedicado al libro hebreo por su especificidad y por el peso social que tuvo la comunidad judía en el contexto romano analizado.

Otra de las transformaciones operadas por Inocencio III, al principio de su pontificado, fue la ampliación del colegio cardenalicio. Esta decisión repercutió en el protagonismo adquirido por las elevadas jerarquías eclesiásticas y sus comitivas convertidas, por su suntuosidad, en una réplica de las cortes principescas coetáneas. El nivel cultural de estas élites religiosas propició la creación de espléndidas residencias de las características de *Santi Quattro Coronati* (Cuatro Santos Coronados) erigida sobre el Celio romano u otras itinerantes, a imitación de la corte papal. En estas cortes cardenalicias el libro fue utilizado como símbolo de poder, instrumento de devoción y de conocimiento. La disminución de tamaño del libro manuscrito con respecto a etapas anteriores, facilitó su traslado, en sintonía con el carácter itinerante de estos séquitos. Esta afirmación se hace extensiva a los papas Honorio III, Alejandro IV y durante la segunda mitad de siglo a Nicolás III, Nicolás IV y a Bonifacio VIII. Entre los grandes prelados destacan por su sensibilidad artística: Stefano Conti, Ottaviano Ubaldini, Jacopo Stefaneschi o Jean Cholet, entre otros.

Agostino Paravicini Bagliani inaugura el apartado "*Produzione laica alla corte papale e cardinalizia*" con un estudio centrado en la corte papal del siglo XIII. Este investigador reivindica su conversión en uno de los grandes centros

culturales del occidente latino, por alcanzar el mismo nivel que la corte siciliana de Federico II Hohenstaufen o la castellana de Alfonso X el Sabio. Paravicini Bagliani aglutina en torno a Juan de Toledo o al cardenal Gonsalvo Gudiel un conjunto de manuscritos custodiados en el Archivo Capitular de Toledo, entre ellos el que lleva la signatura (ms. 47.9). A través de la única ilustración publicada (vol. II, fig. 153) parece distinguirse, en la zona superior del folio, las armas de Joan d' Aragó i Anjou, arzobispo de Toledo (1319-1328) y posterior patriarca de Alejandría, sepultado en la catedral de Tarragona. Este códice, desconocido por los investigadores catalanes, se relaciona con otros manuscritos iluminados en la ciudad de Lleida en torno a la tercera década del siglo catorce, aunque evidentemente es necesario efectuar un estudio pormenorizado de este códice para emitir opiniones taxativas. Las bibliotecas de los papas, cardenales y otras elevadas dignidades eclesiásticas se examinan en los estudios de Silvia Maddalo, Chiara Panizzia y Agostino Paravicini Bagliani.

Este apartado concluye con el análisis de tres magníficas biblias boloñesas y su relación con la Urbe. Desde el punto de vista español, el estudio de Anette Hoffman es sumamente sugerente, puesto que dos de estos ejemplares bíblicos pertenecieron a Dalmau de Mur, arzobispo de Tarragona y de Zaragoza (1419-1456), uno de los promotores artísticos más relevantes de la Corona de Aragón. Se trata de la conocida como *Biblia de Girona* (Girona, Arxiu Capitular de Girona), promovida por Jean Cholet cardenal del título de Santa Cecilia en Trastevere (1281) y la conservada en la biblioteca del Real Monasterio de El Escorial (ms. a. I.5) relacionada, por la propia autora, con el cardenal Jacopo Stefaneschi. Si el paso a la Corona de Aragón, en el caso del ejemplar bíblico gerundense, queda avalado por haber formado parte de la biblioteca papal de Benedicto XIII y haber sido adquirida en almoneda por el capítulo gerundense, mucho más complejo es el caso de la biblia escurialense. Según Hoffman, los posibles contactos mantenidos entre la *Orden del Santo Spirito de Sassia*, institución romana donde se había depositado esta biblia, y alguna casa de esta orden asentada en la Corona de Aragón, pueden invocarse para justificar su traslado a la península ibérica. Sin descartar los argumentos expuestos por la autora, deseamos recordar que Dalmau de Mur realizó un viaje a Roma en 1418, en calidad de embajador del rey Alfonso V el Magnánimo, desplazamiento que pudo propiciar la obtención de esta suntuosa biblia.

El penúltimo apartado del volumen incide en los libros miniados para padres dominicos y franciscanos instalados en Roma, mientras que el último capítulo se proyecta hacia el siglo XIV, dedicándose a Roma sin Papa, con un único estudio de Francesca Manzari. En él, la investigadora alude a la presencia de miniaturistas y códices iluminados en el *Trecento*, lapso de tiempo, considerado hasta ahora estéril por el traslado de la curia papal a Avignon. Sin embargo, a raíz de las últimas investigaciones efectuadas en los fondos de la basílica liberiana y del Archivo de San Pedro, se intuye un período más atractivo de lo que cabía esperar.

El segundo volumen de esta publicación acoge las ilustraciones correspondientes a cada uno de los artículos, la bibliografía utilizada por los autores y una serie de índices, sumamente útiles por agilizar la tarea del lector e investigador. Uno de los inconvenientes de este libro es que las imágenes se agrupan en un volumen independiente, al margen de los textos, en aras de optimizar la publicación, puesto que algunas reproducciones son comunes a varios artículos.

En definitiva, se trata de una obra importante que arroja nueva luz sobre un período de la historia de Roma inexplorado, de la mano de investigadores de reconocida trayectoria o de otros más jóvenes que siguen las directrices de los anteriores. La erudición emanada por estas páginas despierta interés y reconocimiento, en especial desde nuestro país, ámbito escasamente interesado por el estudio de los libros miniados, pese a que los manuscritos de lujo ejercieron un papel protagonista en el panorama artístico y cultural de los reinos cristianos peninsulares medievales.

Josefina PLANAS
Universitat de Lleida
josefina.planas@hahs.udl.cat